

## LOS HABLADORES

CAMPESINA

SARMIENTO

ROLDÁN

BEATRIZ

INÉS

ALGUACIL

### Escena I

CAMPESINA, SARMIENTO, y *detrás* ROLDÁN.

SARMIENTO.-Tome usted, buena mujer; ahí van los doscientos ducados, y que sepa que siento mucho haberle atropellado el perro.

CAMPESINA.- ¡Mi pobre perro!

SARMIENTO.- Sinceramente, espero que este dinero le haga olvidar tan gran pena, que el dinero, ya sabemos que no puede consolar siempre, pero puede ayudar.

CAMPESINA.-Usted cumple con pagar como hombre de bien, así que yo me llevo el dinero, que no me quitará la pena, no señor, pero que me permitirá comprarle a mis hijos comida y a mi chica llevarla a la ciudad, así que, con Dios.

ROLDÁN.-¡Ah, buena mujer! ¿Puedo hacerle una pregunta?

CAMPESINA.- Pregunte, pregunte.

ROLDÁN.-¿Por qué le da dinero ese hombre?

CAMPESINA.-Curioso ha salido el viajero ¿no? Pues me paga porque ayer se llevó por delante con su carro a mi perro, el guía de mis ovejas. Esta mañana le hemos enterrado.

ROLDÁN.-Y ¿cuánto le ha dado?

CAMPESINA.-Curioso ¿no? ...doscientos ducados.

ROLDÁN.-Pues que usted los disfrute... aunque sea por motivo tan digno de pena, luto y aflicción. Que el perro es el mejor amigo del hombre y ya lo dice el refrán, quien tiene....

CAMPESINA.-Dios guarde a usted. (*Vase.*)

### Escena II

ROLDÁN, SARMIENTO.

ROLDÁN.-¡Ah caballero!

SARMIENTO.- ¿Me habla usted a mí?

ROLDÁN.-A usted digo.

SARMIENTO.-Y ¿qué es lo que quiere?

ROLDÁN.- Verá... El caso es... A ver, Roldán, que no se diga... Yo soy un pobre hidalgo, aunque algunos por ahí hablen más de la cuenta: que si sí, que si no...

SARMIENTO.- ¿Qué si qué?

ROLDÁN.- La verdad es que tengo necesidad, y he visto que usted ha dado doscientos ducados a una mujer porque le había atropellado el perro. Y digo yo, si a usted le gusta atropellar, que cada uno tiene sus gustos, como dice el sabio, que los gustos son sagrados... .

SARMIENTO.- ¿Y?

ROLDÁN.- Pues eso... que yo, me dejaría atropellar por usted por ciento cincuenta ducados. No me dirá que es mal negocio... el caballero cumple su gusto y a mí me saca de un apurillo en el que me encuentro... de manera transitoria ¿eh? Que yo soy hidalgo...

(*ASTERISCO toca los platillos*)

NOTA.- Hidalgo, perteneciente a la nobleza sin título; es decir muerto de hambre con apellido.

(*ASTERISCO toca los platillos*)

ROLDÁN.- Que yo soy hidalgo... ya lo dije ¿no? Pues eso, ¿Qué me dice?

SARMIENTO.- Si no estuviera tan preocupado, me obligara a reír usted; ¿lo dice de verdad? Venga acá, hildago de vía estrecha: ¿piensa usted que yo voy atropellando por ahí por gusto?

ROLDÁN.- Gusto, placer, capricho o necesidad, que las motivaciones del individuo son tantas como momentos le ofrece la vida. Nunca sabremos lo que anda dentro de la cabeza del hombre que se cruza en nuestro camino, ni distinguiremos su condición hasta que hable o actúe. ¿Ve usted a aquel que va por allí?

SARMIENTO.- Sí...

ROLDÁN.- ¿Podría usted decir que es hombre de bien, cumplidor con Hacienda y buen profesional? Jamás... Hasta que usted no le hable, no tenga tratos con él...

SARMIENTO.- ¿Me quiere decir que no cree que yo sea un hombre de ley? Pues lo soy, soy un hombre desgraciado por otros motivos, pero siempre fiel cumplidor de la ley.

ROLDÁN.- Dice muy bien usted; porque la ley fue inventada para la quietud, y la razón es el alma de la ley, y quien tiene alma tiene potencias: tres son las potencias del alma: memoria, voluntad y entendimiento. Usted tiene muy buen entendimiento, porque el entendimiento se nota en la cara y la de usted es ...

SARMIENTO.- Esto tiene que ser un castigo del diablo o una bendición del cielo. ¿Y dice usted que necesita dinero?

ROLDÁN.- ¿Dinero yo? No señor, no se confunda. Lo que yo necesito, porque la necesidad es el resultado de la carencia que uno experimenta en las cosas, ya sean materiales o inmateriales, es decir, espirituales. Que ya le dije, el espíritu es una parte del individuo que experimenta las emociones... Pues sí, necesito dinero.

SARMIENTO.- Bienaventurado soy, que ya veo un poco de luz para resolver mi problema.

ROLDÁN.- ¿Ha dicho problema? Problema es la vida del hombre que no tiene para comer, problema es no tener donde dar con los huesos por la noche, problema, señor mío, es carecer de sentido común para elegir el mejor camino de la vida. Eso, la vida, lo contrario de la muerte...

SARMIENTO.- Yo soy el que se va a morir y pienso que algún demonio tiene en esa lengua.

ROLDÁN.- Dice usted muy bien; porque quien tiene lengua, a Roma va; yo he estado en Roma y en la Mancha, en Trasilvania y en la Puebla de Montalbán y en Valladolid. En Valladolid hay una plaza que llaman el Ochoavo; un ochoavo es la mitad de un cuarto, un cuarto se

compone de cuatro maravedís; el maravedí antiguo valía tanto como ahora un escudo; dos maneras hay de escudos; hay escudos de paciencia y hay escudos...

SARMIENTO.- ¡Basta!

ROLDÁN.- ¿Basta ha dicho?...

SARMIENTO.-Ni una palabra más. Le suplico por cortesía que me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que necesito que me escuche.

ROLDÁN.-¿Qué manda usted?

SARMIENTO.-Señor mío, yo tengo una mujer que es la mayor habladora que se ha visto desde que hubo mujeres en el mundo. Es tanto lo que habla, que yo me he querido morir por no escucharla más. He buscado remedios pero ninguno ha dado resultado. Pienso yo si le llevase a usted a mi casa, y hablase con ella pongamos... seis días, pues algo cambiaría. Véngase usted conmigo, se lo suplico. Yo puedo fingir que usted es mi primo, y con este pretexto usted se quedará en mi casa.

ROLDÁN.-¿Primo dijo usted? ¡Oh, qué bien dijo usted! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre; primo, a un zapatero de obra prima; prima es una cuerda de guitarra; la guitarra se compone de cinco órdenes...

SARMIENTO.-Pare, pare, por Dios, y véngase conmigo; que allí dirá todo lo que quiera.

ROLDÁN.-Camine delante usted; que yo le pondré esa mujer en dos horas muda como una piedra; porque la piedra es una manera de llamar a un mineral, pero...

SARMIENTO.-No puedo más.... (*Vanse.*)

### Escena III

BEATRIZ.-¡Inés! ¡Hola! ¡Inés! ¿Qué digo? ¡Inés! ¡Inés!

INÉS.-Ya oigo, señora, señora, señora.

BEATRIZ.-Bellaca, desvergonzada...

(*ASTERISCO TOCA LOS PLATILLOS*)

NOTA.- Bellaco, hombre (en este caso, mujer) de ruines y malos hechos, de condición perversa.  
¿No es un poco exagerado?

(*ASTERISCO TOCA LOS PLATILLOS*)

BEATRIZ.-Bellaca, desvergonzada, ¿cómo me respondéis vos con ese lenguaje? ¿No sabéis vos que la vergüenza es la principal joya de las mujeres?

INÉS.-Usted, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama doscientas veces.

BEATRIZ.-Pícara, el número doscientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender doscientos mil, añadiéndole ceros; los ceros no tienen valor por sí mismos.

INÉS.-Señora, ya lo tengo entendido; dígame usted lo que tengo de hacer y no me cuente más historias.

BEATRIZ.- La historia es que traigas la mesa para que coma el amo; que ya sabes que anda tristón, y si está triste se olvida de ser generoso y ser generoso es cualidad buena en un casado porque es generoso con las criadas y también con el ama.

INÉS.-¿Lo que hay que hacer es sacar la mesa? Pues andando. (*Vase.*)

**Escena IV**

DOÑA BEATRIZ, SARMIENTO y ROLDÁN. *Después* INÉS.

SARMIENTO.- ¡Hola! ¿No hay nadie en esta casa? ¡Doña Beatriz, hola!

BEATRIZ.- Aquí estoy, marido; ¿por qué vienes dando voces? Dar voces es costumbre de gente baja y de mala educación... Voces dan los arrieros a las mulas, los pastores al ganado, voces...

SARMIENTO.- *(Saliendo.)* Mira, traigo convidado a este caballero, soldado y pariente mío. Tienes que tratarle bien porque pertenece a una parte muy querida de mi familia y porque quiero que vuelva a su pueblo hablando bien de la corte.

BEATRIZ.- Si usted va a la corte, tenga en cuenta que la corte no es para gente encogida; porque el encogimiento es linaje de bobería, y el bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda la acción consiste...

ROLDÁN.- Paso a paso, señora prima; que bien sé que consiste en la disposición de la naturaleza, porque la naturaleza obra por los instrumentos corporales y va disponiendo los sentidos; los sentidos son cinco: andar, tocar, correr, pensar y no estorbar; toda persona que estorbare es ignorante, y la ignorancia consiste en no caer en las cosas; quien cae y se levanta, Dios le dé buenas Pascuas; las Pascuas son cuatro, la de Navidad, la de Reyes, la de Flores y la de Pentecostés; Pentecostés es un vocablo exquisito...

BEATRIZ.- ¿Cómo exquisito? mal sabe usted de exquisitos; toda cosa exquisita es extraordinaria: la ordinaria no admira; la admiración nace de cosas altas; la más alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza; la más baja es la malicia, porque todos caen en ella; el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas; el principio, el aumento y la declinación.

ROLDÁN.- Declinación dijo usted y dijo muy bien; porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan; y los que se casan se llaman con este nombre, y los casados son obligados a quererse, amarse y estimarse, como lo manda la Santa Madre Iglesia; y la razón de esto es...

BEATRIZ.- Un momento, marido, ¿qué hombre es este que has traído a mi casa?

SARMIENTO.- Por Dios, que me alegro, que he encontrado la venganza perfecta. Traed la mesa y comamos, que el señor Roldán ha de ser huésped mío... seis o siete años.

BEATRIZ.- ¿Siete años? malos años; ni una hora, que reventaré, marido.

SARMIENTO.- No te quejes, mujer, que os parecéis mucho. ¡Hola, muchacha! Trae ya la comida.

INÉS.- *(Saliendo.)* ¡Anda! ¿Tenemos convidados? Aquí está la mesa.

ROLDÁN.- ¿Quién es esta señora?

SARMIENTO.- Es criada de la casa.

ROLDÁN.- Una criada, que se llama en Valencia *fadrina*, en Italia *masara*, en Francia *gaspirria*, en Alemania *filimoquia*, en la corte *servienta* en Vizcaya *moscorra*, y entre pícaros *daifa*. Venga la comida alegremente; que siento ya la necesidad bullendo en mi cuerpo.

BEATRIZ.- Aquí no hay que hacer, sino perder el juicio, marido; que reviento por hablar.

ROLDÁN.-¿Hablar dijo usted? y dijo muy bien: hablando se entienden los conceptos; éstos se forman en el entendimiento; quien no entiende, no siente; quien no siente, no vive; el que no vive, es muerto; un muerto...

BEATRIZ.- ¿Marido? ¡Marido!

SARMIENTO.- ¿Qué quieres, mujer?

BEATRIZ.-Echa de aquí este hombre, por lo que más quieras, que reviento por hablar.

SARMIENTO.-Mujer, ten paciencia; que hasta que se cumplan los siete años no puede salir de aquí; porque he dado mi palabra, y estoy obligado a cumplirla, o no seré quien soy.

BEATRIZ.- ¿Siete años? Primero veré yo mi muerte. Ay! ay! ay!

INÉS.- Se desmayó. ¿Esto quiere usted ver delante de sus ojos? Mírela ahí como muerta.

ROLDÁN.- ¡Jesús! ¿De qué le ha dado este mal?

SARMIENTO.-De no hablar.

ALGUACIL.-¡Abran aquí a la justicia! ¡Abran a la justicia!

ROLDÁN.-¡La justicia! ¡Ay, triste de mí! que yo ando huido, y si me conocen me han de llevar a la cárcel.

SARMIENTO.-Pues, señor, el remedio es meterse en esa alfombra usted; como si las hubiésemos quitado para limpiarlas, y así se podrá librar; que yo no encuentro otra manera.

### Escena V

*Dichos. El ALGUACIL.*

ALGUACIL.- ¿Era para hoy el abrir esta puerta?

SARMIENTO.- ¿Qué es lo que usted manda que parece tener tanta prisa?

ALGUACIL.-El señor Gobernador, manda que, aunque usted ha pagado los doscientos ducados a la mujer del perro, venga a reconocer al interesado que dice el Gobernador que ya es el tercer perro que le mata un carro...

SARMIENTO.- Estábamos para empezar a comer...

ALGUACIL.-La mujer está aquí al lado, y luego se volverá usted a comer con tranquilidad.

SARMIENTO.-Vamos, y entretanto, poned la mesa. *(Vanse todos, menos Roldán, Beatriz e Inés.)*

INÉS.-Vuelva en sí, señora; que si de no hablar se has desmayado, ahora, que está sola, hablará todo lo que quiera.

BEATRIZ.-Gracias a Dios, que ahora descansaré del silencio que he tenido.

ROLDÁN.- *(Sacando la cabeza de la alfombra.)* ¿Silencio dijo usted? y dijo muy bien; porque el silencio fue siempre alabado de los sabios, y los sabios hablan a tiempos y callan a tiempos, porque hay tiempos de hablar y tiempos de callar; y quien calla otorga, y el otorgar es de escrituras, y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerrado siete; porque...

BEATRIZ.-Porque el diablo te lleve, hombre, y a quien te trajo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo a desmayarme.

### Escena VI

*Dichos, SARMIENTO, ALGUACIL.*

SARMIENTO.- (*Roldán se esconde de nuevo.*) Ya que se han hecho los reconocimientos, quiero invitar al alguacil a comer. ¡Hola!

BEATRIZ.-¿Ahora vienes con esto? ¿No ves que es mucha la tarea que hay en una casa? ¡Qué poco sentido tienen los hombres! ¡Ahora quieren que les sirvamos la comida! ¿No ves que estamos ocupadas sacudiendo estas alfombras? (*Muestra el palo.*) Y tú, dale, Inés, dale hasta que queden limpias.

ROLDÁN.- Quietas, quietas, señoras: que una cosa es callar y otra llevarse, además los palos.

ALGUACIL.-¡Oiga! ¿qué es esto? ¿No es aquel bellaco de Roldanejo, el hablador, que anda engañando a unos y otros?

INÉS.- Debe de ser el mismo.

ALGUACIL.- Daos preso.

ROLDÁN.-¿Preso dijo usted? Pues lo dijo muy bien, porque el preso no es libre, y la libertad...

ALGUACIL.-Que no, no; aquí no ha de valer la habladuría; ¡vive Dios! que habéis de ir a la cárcel.

SARMIENTO.-Señor alguacil, le suplico a usted, que por haberse hallado en mi casa esta vez no se lo lleve. Le prometo que en cuanto cure a mi mujer, le doy dinero suficiente para que se marche y no vuelva jamás por estas tierras; pero ahora no lo detenga.

ALGUACIL.- ¿Y de qué la cura?

SARMIENTO.-Del hablar.

ALGUACIL.-Y ¿cómo lo hace?

SARMIENTO.-Hablando; porque como habla tanto la enmudece.

ALGUACIL.- Yo quiero ver semejante milagro. De acuerdo, que se quede, pero ha de ser con la condición de que me avise usted luego, para que le lleve a mi casa; que tiene mi mujer la misma enfermedad, y me gustaría que también me la curase si fuera posible.

SARMIENTO.-Descuide, señor alguacil, que cumplidos los siete años, yo le avisaré.

BEATRIZ.-Marido, por Dios, echa de aquí este hombre, que yo te prometo no dar lugar a que vuelva.

SARMIENTO.- Levanta y no sufras, que no está bien de rodillas la que es señora de mi casa.

ROLDÁN.-Señora, dice usted, y muy bien dicho que está, porque la señora manda en la casa y la que manda no sirve. Una sirvienta se distingue de la señora porque no le queda más remedio que trabajar y una señora se distingue de la sirvienta por su ropa, por su porte...

TODOS.-¡Vete, pícaro hablador!

ROLDÁN.-No me desagrada el verso. (*Al público*) Escuchen todos los presentes la poesía de nuestro cuento.

## EL VIEJO CELOSO

LORENZA

CAÑIZARES

COMPADRE

CRISTINA

HORTIGOSA

ALGUACIL

MÚSICO

*(Se oye la voz de Lorenza)*

LORENZA.- Antes me cortara la lengua con los dientes que pronunciar aquel sí. ¿De qué me sirve a mí todo esto, si en mitad de la riqueza estoy pobre, y en medio de la abundancia con hambre? Malditos sean sus dineros; malditas sus joyas, malditas sus galas, y maldito todo cuanto me da y promete.

*(CAÑIZARES, viejo, y un COMPADRE suyo están en una mesa jugando a las cartas.)*

CAÑIZARES.- Señor compadre, señor compadre: el setentón que se casa con una jovencita, o carece de entendimiento, o tiene gana de visitar el otro mundo lo más rápido que le sea posible. Yo me casé con doña Lorenza, pensando tener en ella compañía y regalo, y persona que se hallase en mi cabecera, y me cerrase los ojos cuando muriera, bien, pues en ese mismo momento me embistieron una turbamulta de trabajos y desasosiegos; tenía casa, y busqué casar; estaba posado, y me desposé.

COMPADRE.- Compadre, fue un error, pero no muy grande; porque, según el dicho del Apóstol, mejor es casarse que abrasarse.

CAÑIZARES.- ¡Que no había que abrasar en mí, señor compadre, que con poco fuego quedaba hecho ceniza! Compañía quise, compañía busqué, compañía hallé, pero Dios me ayude ahora.

COMPADRE.- ¿Tiene celos, señor compadre?

CAÑIZARES.- Del sol que mira a Lorencita, del aire que le toca, de las faldas que la envuelven.

COMPADRE.- ¿Ella le da ocasión?

CAÑIZARES.- Ni hablar, ni tiene por qué, ni cómo, ni cuándo, ni adónde. Las ventanas, además de estar cerradas con llave, las protegen rejas y celosías; las puertas jamás se abren; no hay vecina que atraviese mi puerta, ni la atravesará mientras Dios me dé vida.

COMPADRE.- ¡Jesús!

CAÑIZARES.- Mire, compadre: no les vienen los malos aires a las mujeres de ir a la plaza ni a las procesiones, ni a todos los actos de celebraciones públicas; donde ellas se mancan, donde ellas se estropean y adonde ellas se dañan, es en casa de las vecinas y de las amigas. *(Se oye un murmullo en la cazuela, la siguiente frase la dice CAÑIZARES mirando a la cazuela)* Más maldades encubre una mala amiga, que la capa de la noche.

COMPADRE.- Yo así lo creo también; pero si la señora doña Lorenza no sale de casa, ni nadie entra en la suya, ¿de qué vive descontento mi compadre?

CAÑIZARES.- De que no pasará mucho tiempo en que no se dé cuenta Lorenza de... lo que... le falta; será un momento terrible, tanto que sólo pensarlo lo temo, y de temerlo me desespero, y de desesperarme vivo sin sosiego.

*(Empiezan a recoger las cartas. Paralelamente en el escenario se instalan LORENZA, CRISTINA y HORTIGOSA)*

COMPADRE.- Y razón tiene para temerlo, porque las mujeres quieren gozar enteros los frutos del matrimonio.

CAÑIZARES.- La mía los goza doblados.

COMPADRE.- Ahí está el daño, señor compadre.

CAÑIZARES.- No, no, ni hablar; porque Lorenza es más simple que una paloma, y hasta ahora no entiende nada de esas sutilezas; y adiós, señor compadre, que me quiero entrar en casa.

COMPADRE.- Voy a entrar yo también a saludar a doña Lorenza.

CAÑIZARES.- Habéis de saber, compadre, que los antiguos latinos usaban un refrán, que decía: *Amicus usque ad aras*, que quiere decir: «El amigo, hasta el altar»; queriendo decir que el amigo ha de hacer por su amigo todo lo que pueda; y yo digo que mi amigo, *usque ad portam*, hasta la puerta; que ninguno ha de pasar a mi casa; y adiós, señor compadre, y perdóneme.

*(Éntrese CAÑIZARES.)*

COMPADRE.- En mi vida he visto hombre más recatado, ni más celoso, ni más impertinente; pero éste es de los que traen la sogá arrastrando, y de los que siempre vienen a morir del mal que temen.

*(Éntrese el COMPADRE.)*

*(Salen DOÑA LORENZA y CRISTINA, su sobrina, y HORTIGOSA, su vecina. Están mirando unas puntillas que vende Hortigosa.)*

DOÑA LORENZA.- Milagro ha sido éste, señora Hortigosa, que a mi marido se le ha olvidado dar vuelta a la llave. Éste es el primer día, desde que me casé con él, que hablo con alguien de fuera de casa; que fuera le vea yo de esta vida a él y a quien con él me casó.

HORTIGOSA.- Ande, mi señora doña Lorenza, no se queje tanto; que con una caldera vieja se compra otra nueva.

DOÑA LORENZA.- Con este y otros refranes semejantes me engañaron a mí; que malditos sean sus dineros; malditas sus joyas, malditas sus galas, y maldito todo cuanto me da y promete. ¿De qué me sirve a mí todo esto, si en mitad de la riqueza estoy pobre, y en medio de la abundancia con hambre?

CRISTINA.- ¿Con hambre?

HORTIGOSA.- Mujer, con hambre.

CRISTINA.-La verdad, tía, que tiene razón; que más quisiera yo andar con un trapo atrás y otro adelante, y tener un marido mozo, que verme casada con ese viejo podrido que tomaste por esposo.

DOÑA LORENZA.- ¿Yo le tomé, sobrina? Mejor decir que me lo dio quien pudo; y yo, como muchacha, estuve más dispuesta a obedecer que a contradecir; pero, si yo lo hubiera sabido, antes me cortara la lengua con los dientes que pronunciar aquel sí, que se pronuncia con dos letras y da que llorar dos mil años; pero yo imagino que era lo que tenía que ser y que no queda más que resignarse, así es la vida.

*(Interrumpen las mujeres de la cazuela y se congelan las del escenario)*

TEODORA.- Pobrecilla. Me da pena que tan joven se vea en esa situación.

SOLE.- Maldito viejo...

MUJERES RICAS.- ¡Silencio!

*(Sigue la acción)*

LORENZA.- No queda más que resignarse, así es la vida.

CRISTINA.- ¡Maldito viejo! Toda la noche: «Dame el orinal, toma el orinal; levántate, Cristinica, y caliéntame unos paños, que me muero de dolor; dame aquellos remedios, que me fatiga la piedra». Con más ungüentos y medicinas en el aposento que si fuera una botica; y yo, que apenas sé de estas cosas, tengo de servirle de enfermera. ¡Viejo clueco, tan potroso como celoso, y el más celoso del mundo!

HORTIGOSA.- ¿Celoso?

CRISTINA.- ¡El más celoso del mundo!

DOÑA LORENZA.- Dice la verdad mi sobrina.

CRISTINA.- ¡Ojalá no tuviera yo razón en esto!

HORTIGOSA.-Entonces, señora doña Lorenza, usted haga lo que le recomiendo, y verá cómo se halla muy bien con mi consejo.

DOÑA LORENZA Y CRISTINA.- Diga, diga...

HORTIGOSA.- El mozo es como un ginjo verde; quiere bien, sabe callar y agradecer lo que por él se hace; y, ya que los celos del viejo no nos dejan otra salida, yo le pondré al galán en su aposento de usted y le sacaré, aunque tuviese el viejo más ojos que Argos y viese más que un zahorí. Todo se hará sin levantar la menor sospecha.

DOÑA LORENZA.- Como soy primeriza, estoy temerosa, y no querría, a cambio del gusto, poner a riesgo la honra.

CRISTINA.- Eso me parece, señora tía, a lo del cantar de Gómez Arias:

Señor Gómez Arias,  
doleos de mí;  
soy niña y muchacha,  
nunca en tal me vi.

DOÑA LORENZA.- Algún espíritu malo debe de hablar en ti, sobrina, según las cosas que dices.

CRISTINA.- Yo no sé quién habla; pero yo sé que haría todo lo que la señora Hortigosa ha dicho, sin faltar punto.

DOÑA LORENZA.- ¿Y la honra, sobrina?

CRISTINA.- ¿Y el holgarnos, tía?

DOÑA LORENZA.- ¿Y si se sabe?

CRISTINA.- ¿Y si no se sabe?

*(Pausa)*

DOÑA LORENZA.- ¿Y quién me asegurará a mí que no se sepa?

HORTIGOSA.- ¿Quién? La buena diligencia, la sagacidad, la industria; y, sobre todo, el buen ánimo y mis habilidades.

CRISTINA.- Mire, señora Hortigosa, traiganos un galán, limpio, desenvuelto, un poco atrevido, y, sobre todo, mozo.

HORTIGOSA.- Todas esas bondades tiene el que he propuesto, y otras dos más: que es rico y liberal.

DOÑA LORENZA.- Que no quiero riquezas, señora Hortigosa; que me sobran las joyas, y me confunden los colores de mis muchos vestidos; hasta eso no tengo que desear, que Dios le dé salud a Cañizares: más vestida me tiene que un palmito, y con más joyas que el escaparate de un platero rico.

HORTIGOSA.- ¿Entonces?

DOÑA LORENZA.- Si no me clavara él las ventanas, cerrara las puertas, visitara a todas horas la casa, echara de ella los gatos y los perros, solamente porque tienen nombre de varón; yo estaría tan contenta con sus regalos y cuidados.

HORTIGOSA.- ¿Que tan celoso es?

DOÑA LORENZA.- Mire, el otro día le vendían una tapicería a muy buen precio, y por ser de figuras humanas no la quiso, y compró otra de flores por mayor precio, aunque no era tan buena. Siete puertas hay antes que se llegue a mi aposento, además de la puerta de la calle, y todas se cierran con llave; y las llaves no me ha sido posible averiguar dónde las esconde de noche.

CRISTINA.- Tía, la llave maestra creo que se la pone entre las faldas de la camisa.

DOÑA LORENZA.- No lo creas, sobrina; que yo duermo con él, y jamás le he visto ni sentido que tenga llave alguna.

*(Mirada entre HORTIGOSA y CRISTINA)*

DOÑA LORENZA.- Señora Hortigosa, váyase, no venga la encuentre conmigo, que sería echarlo a perder todo *(Pausa)* Y lo que ha de hacer, hágalo ya; que estoy tan aburrída, que no me falta sino echarme una soga al cuello, por salir de tan mala vida.

HORTIGOSA.- Quizá con esta que ahora se comenzará, se le quitará toda esa mala gana y le vendrá otra más saludable y que más la contente.

CRISTINA.- Así suceda, aunque me costase a mí un dedo de la mano: que quiero mucho a mi señora tía, y me muero de verla tan pensativa y angustiada en poder de este viejo y reviejo, y más que viejo; y no me puedo hartar de decirle viejo.

DOÑA LORENZA.- Pues a ti te quiere bien, Cristina.

CRISTINA.- ¿Deja por eso de ser viejo? Cuanto más, que yo he oído decir que siempre los viejos son amigos de niñas.

HORTIGOSA.- Así es la verdad, Cristina, y adiós, que, en cuanto acabe de comer, vuelvo. Usted esté pendiente, y verá cómo salimos y entramos bien en ello.

CRISTINA.- Señora Hortigosa, hágame merced de traerme a mí un frailecico pequeñito, con quien yo me alegre.

HORTIGOSA.- Yo se le traeré a la niña pintado.

CRISTINA.- ¡Que no le quiero pintado, sino vivo, vivo, chiquito como unas perlas!

DOÑA LORENZA.- ¿Y si lo ve tío?

CRISTINA.- Le diré yo que es un duende, y tendrá miedo de él, y yo lo disfrutaré.

HORTIGOSA.- Te lo traeré. Adiós.

*(Vase HORTIGOSA.)*

CRISTINA.- Mire, tía: si Hortigosa trae al galán y a mi frailecico, y si señor tío los ve, no tenemos más que hacer sino cogerle entre todos y ahogarle, y echarle en el pozo o enterrarle en la caballeriza.

DOÑA LORENZA.- Tal eres tú, que creo lo harías mejor que lo dices.

CRISTINA.- Pues no sea el viejo celoso, y nos deje vivir en paz, pues no le hacemos mal alguno, y vivimos como unas santas.

(Éntranse.)

(Suena música. HORTIGOSA sale de la casa por un lado y se cruza con CAÑIZARES con quien cruza unas palabras que no oímos. Las mujeres de la cazuela cuchichean. CAÑIZARES saca una bolsa de dinero y se la da a HORTIGOSA. Cada uno sigue su camino)

(Salen DOÑA LORENZA y CRISTINICA.)

CRISTINA.- Tía, mucho tarda tío, y más tarda Hortigosa.

DOÑA LORENZA.- Ojalá no viniera nunca, ni ella tampoco; porque él me enfada y ella me tiene confusa.

CRISTINA.- Todo es probar, señora tía; y, si no sale bien, puerta.

DOÑA LORENZA.- ¡Ay, sobrina! Que estas cosas, o yo sé poco o sé que todo el daño está en probarlas.

CRISTINA.- ¡Ay, tía!, qué poco ánimo. Si yo tuviese su edad, no me espantarían los hombres armados.

DOÑA LORENZA.- Te lo vuelvo a decir y te lo diré cien mil veces: Satanás habla en tu boca. (Se oye el ruido de la puerta) ¡Ay! ¿Cómo se ha entrado señor?

CRISTINA.- Debe de haber abierto con la llave maestra. (Sale)

DOÑA LORENZA.- Encomiendo yo al diablo sus maestrías y sus llaves.

(Entra CAÑIZARES.)

CAÑIZARES.- ¿Con quién hablabas, Lorenza?

DOÑA LORENZA.- Con Cristinica hablaba.

CAÑIZARES.- Miradlo bien, Lorenza.

DOÑA LORENZA.- Te digo que hablaba con Cristinica: ¿con quién había de hablar? ¿Tengo yo, acaso, con quién?

CAÑIZARES.- No querría que tuvieras algún soliloquio contigo misma, queme perjudicara.

DOÑA LORENZA.- Ni entiendo esos circunloquios que decís, ni aun los quiero entender; y tengamos la fiesta en paz.

CAÑIZARES.- Nunca querría yo tener en guerra contigo; pero, ¿quién llama a aquella puerta con tanta priesa? Cristinica, mira a ver quién es, y, si es pobre, dale limosna y despídele.

CRISTINA.- (Desde fuera) ¿Quién está ahí?

HORTIGOSA.- La vecina Hortigosa soy, Cristina.

CAÑIZARES.- ¿Hortigosa y vecina? Dios sea conmigo. Pregúntale, Cristina, lo que quiere, y dáselo, con condición que no atravesese esos umbrales.

CRISTINA.- ¿Y qué quiere, señora vecina?

CAÑIZARES.- El nombre de vecina me turba y sobresalta; llámala por su propio nombre, Cristina.

CRISTINA.- Responda: y ¿qué quiere, señora Hortigosa?

HORTIGOSA.- Al señor Cañizares quiero suplicar un poco, en que me va la honra, la vida y el alma.

CAÑIZARES.- Decidle, sobrina, a esa señora, que a mí me va todo eso y más en que no entre acá dentro.

DOÑA LORENZA.- ¡Jesús, y qué condición tan extravagante! ¿No estoy aquí delante de ti? ¿Me va a comer? ¿Me va a raptar?

CAÑIZARES.- ¡Entre con cien mil diablos, pues así lo quieres!

CRISTINA.- Entre, señora vecina.

CAÑIZARES.- ¡Nombre fatal para mí es el de vecina!

(Entra HORTIGOSA, y trae un tapiz.)

HORTIGOSA.- Señor mío de mi alma, movida e incitada de la buena fama de vuesa merced, de su gran caridad y de sus muchas limosnas, me he atrevido de venir a suplicar a vuesa merced me haga

tanta merced, caridad y limosna y buena obra de comprarme este tapiz, *(lo despliega)* porque tengo un hijo...

LORENZA.- ¡¿Un hijo?!

HORTIGOSA.- Porque tengo un hijo preso por unas heridas que dio a un tundidor, y ha mandado la justicia que declare el cirujano, y no tengo con qué pagarle, y corre peligro no le echen otras acusaciones, que podrían ser muchas, a causa que es muy travieso mi hijo; y querría sacarle hoy o mañana, si fuese posible, de la cárcel. La obra es buena, el tapiz nuevo, y, con todo eso, le daré por lo que vuesa merced quisiere darme por él, que en más está la monta, y como esas cosas he perdido yo en esta vida. Coja vuesa merced de esa punta, señora mía, y descojámosle, porque no crea el señor Cañizares que hay engaño en mis palabras; alce más, señora mía, y mire cómo es bueno de caída, y las pinturas de los cuadros parece que están vivas.

*(Al alzar y mostrar el tapiz, entra por detrás de él un GALÁN; y, cuando CAÑIZARES ve los retratos, dice:)*

CAÑIZARES.- ¡Oh, qué lindo caballero! ¿Y qué quiere el señor en mi casa? Si supiese que tan amigo soy yo de estas cosas y de estos caballeritos, se espantaría.

CRISTINA.- Señor tío, yo no sé nada de caballeritos; y si él ha entrado en casa, la señora Hortigosa tiene la culpa; que a mí, el diablo me lleve si dije ni hice nada para que él entrase; no, en mi conciencia, aun el diablo sería si mi señor tío me echase a mí la culpa de su entrada.

CAÑIZARES.- Ya yo lo veo, sobrina, que la señora Hortigosa tiene la culpa; pero no hay de qué maravillarme, porque ella no sabe mi condición, ni cuán enemigo soy de estas pinturas.

DOÑA LORENZA.- Por las pinturas lo dice, Cristinica, y no por otra cosa.

CRISTINA.- Pues por esas digo yo. ¡Ay, Dios sea conmigo! Vuelto se me ha el ánima al cuerpo, que ya andaba por los aires.

DOÑA LORENZA.- ¡Quemado vea yo ese pico de once varas! En fin, quien con muchachos se acuesta, etc.

CRISTINA.- ¡Ay, desgraciada, y en qué peligro pudiera haber puesto toda esta baraja!

CAÑIZARES.- Señora Hortigosa, yo no soy amigo de figuras; tome este doblón, con el cual podrá remediar su necesidad, y váyase de mi casa lo más rápido que pueda. Vamos, ahora, y llévese su tapiz.

HORTIGOSA.- Viva vuesa merced más años que Matute el de Jerusalén, en vida de mi señora doña Lorenza a quien suplico me mande, que la serviré de noche y de día, con la vida y con el alma, que la debe de tener ella como la de una tortolica simple.

CAÑIZARES.- Señora Hortigosa, abrevie y váyase, y no se esté ahora juzgando almas ajenas.

HORTIGOSA.- Si vuesa merced hubiere menester algún remedio para la matriz, los tengo milagrosos; y, si para mal de muelas, sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano.

CAÑIZARES.- Abrevie, señora Hortigosa, que doña Lorenza, ni tiene necesidad, ni dolor de muelas; que todas las tiene sanas y enteras.

HORTIGOSA.- Ella se las sacará, placiendo al cielo, porque le dará muchos años de vida; y la vejez es la total destrucción de la dentadura.

CAÑIZARES.- ¡Aquí de Dios! ¿Que no será posible que me deje esta vecina? ¡Hortigosa, o diablo, o vecina, o lo que eres, vete con Dios y déjame en mi casa!

HORTIGOSA.- Justa es la demanda, y vuesa merced no se enoje, que ya me voy.

*(Vase HORTIGOSA.)*

CAÑIZARES.- ¡Oh vecinas, vecinas! Escaldado quedo aun de las buenas palabras de esta vecina, por haber salido por boca de vecina.

DOÑA LORENZA.- Digo que tenéis condición de bárbaro y de salvaje; y ¿qué ha dicho esta vecina para que quedéis con la ojeriza contra ella? Todas vuestras buenas obras las hacéis en pecado mortal: le disteis dos docenas de reales, acompañados con otras dos docenas de injurias, ¡boca de lobo, lengua de escorpión y silo de malicias!

CAÑIZARES.- No, no, eso no; no me parece bien que defiendas tanto a la vecina.

CRISTINA.- Vamos, señora tía, éntrese allí dentro y desenójese, y deje a tío, que parece que está enojado.

DOÑA LORENZA.- Así lo haré, sobrina; y no pienso salir... en dos horas... ¡por lo menos! Voy a vengarme, marido.

*(Éntrese DOÑA LORENZA.)*

CRISTINA.- Tío, ¿no ve cómo ha cerrado de golpe? Y creo que va a buscar una tranca para asegurar la puerta.

*(DOÑA LORENZA, por dentro.)*

DOÑA LORENZA.- ¿Cristinica? ¡Cristinica!

CRISTINA.- ¿Qué quiere, tía?

DOÑA LORENZA.- ¡Si supieses qué galán me ha deparado la buena suerte! Mozo, bien dispuesto, pelinegro, y que le huele la boca a mil azahares.

CRISTINA.- ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! ¿Está loca, tía?

DOÑA LORENZA.- No estoy sino en todo mi juicio; y en verdad que, si le vieses, que se te alegrase el alma.

CRISTINA.- ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Ríñala, tío, porque no se atreva, ni aun burlando, a decir deshonestidades.

CAÑIZARES.- ¿Burlas, Lorenza? Pues a fe que no estoy yo de gracia para sufrir esas burlas.

DOÑA LORENZA.- Que no son sino veras, y tan veras...

CRISTINA.- ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Y dígame, tía, ¿está ahí también mi frailecito?

DOÑA LORENZA.- No, sobrina; pero otra vez vendrá si quiere Hortigosa, la vecina.

CAÑIZARES.- Lorenza, di lo que quieras, pero no tomes en tu boca el nombre de vecina, que me tiemblan las carnes en oírle.

DOÑA LORENZA.- También me tiemblan a mí por culpa de la vecina.

CRISTINA.- ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías!

DOÑA LORENZA.- Ahora me doy cuenta de quién eres, viejo maldito; que hasta aquí he vivido engañada contigo.

CRISTINA.- Ríñala, tío, ríñala; que se desvergüenza mucho.

DOÑA LORENZA.- Lavar quiero a un galán las pocas barbas que tiene con una bacía llena de agua de ángeles, porque su cara es como la de un ángel pintado.

CRISTINA.- ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Despedácela, tío.

CAÑIZARES.- No la despedazaré yo a ella, sino a la puerta que la encubre.

DOÑA LORENZA.- No hay para qué: aquí está abierta; entre, y verá como es verdad cuanto le he dicho.

CAÑIZARES.- Aunque sé que te burlas, sí entraré para desenojarte.

*(Al entrar CAÑIZARES, danle con una bacía de agua en los ojos; él vase a limpiar; acuden sobre él CRISTINA y DOÑA LORENZA, y en este ínterim sale el galán y vase.)*

CAÑIZARES.- ¡Por Dios, que por poco me cegaras, Lorenza! Al diablo se dan las burlas que se arremeten a los ojos.

DOÑA LORENZA.- ¡Mirad con quién me casó mi suerte, sino con el hombre más malicioso del mundo!  
¡Mirad cómo dio crédito a mis mentiras, fundadas en materia de celos, que menoscabada sea mi  
ventura! Pagad vosotros, cabellos, las deudas de este viejo; llorad vosotros, ojos, las culpas de este  
maldito; mirad en lo que tiene mi honra y mi crédito, pues de las sospechas hace certezas, de las  
mentiras verdades, de las burlas veras y de los entretenimientos maldiciones. ¡Ay, que se me  
arranca el alma!

CRISTINA.- Tía, no dé tantas voces, que se juntará la vecindad.

*(De dentro.)*

ALGUACIL.- ¡Abran esas puertas! Abran ya; si no, las echaré en al suelo.

DOÑA LORENZA.- Abre, Cristinica, y sepa todo el mundo mi inocencia y la maldad de este viejo.

CAÑIZARES.- ¡Vive Dios, que creí que te burlabas! ¡Lorenza, calla!

*(Entran el ALGUACIL y los músicos, más vecinas y HORTIGOSA.)*

ALGUACIL.- ¿Qué es esto? ¿Qué pendencia es ésta? ¿Quién daba aquí voces?

CAÑIZARES.- Señor, no es nada; asuntos son entre marido y mujer, que luego se pasan.

MÚSICO.- ¡Por Dios, que estábamos mis compañeros y yo, que somos músicos, aquí pared y medio, , y a  
las voces hemos acudido, con no pequeño sobresalto, pensando que era otra cosa.

HORTIGOSA.- Y yo también, en mi ánima pecadora.

CAÑIZARES.- Pues en verdad, señora Hortigosa, que si no fuera por ella, que no hubiera sucedido nada de  
lo sucedido.

HORTIGOSA.- Mis pecados lo habrán hecho; que soy tan desdichada, que, sin saber por dónde ni por  
dónde no, se me echan a mí las culpas que otros cometen.

CAÑIZARES.- Señores, vuestras mercedes todos se vuelvan en hora buena, que yo les agradezco su buen  
deseo; que ya yo y mi esposa quedamos en paz.

DOÑA LORENZA.- Sí quedaré, cuando le pidas perdón a la vecina por haber pensado mal de ella.

CAÑIZARES.- Si a todas las vecinas de quien yo pienso mal hubiese de pedir perdón, sería nunca acabar;  
*(murmullo entre las mujeres de la cazuela)* pero, con todo eso, yo se le pido a la señora Hortigosa.

HORTIGOSA.- Y yo le otorgo y que todos lo sepan.

MÚSICO.- Pues, en verdad, que no hemos venido en balde: toquen mis compañeros, y regocíjense las  
paces con esta canción.

CAÑIZARES.- Señores, no quiero música.

MÚSICO.- Pues aunque no la quiera.

*(Lo puede cantar un grupo de vecinas junto a los músicos)*

El agua de por San Juan

quita vino y no da pan.

Las riñas de por San Juan

*todo el año paz nos dan.*

Llover el trigo en las eras,

las viñas estando en cierne,

no hay labrador que gobierne

bien sus cubas y paneras;

mas las riñas más de veras,

si suceden por San Juan

*todo el año paz nos dan.*

Por la canícula ardiente  
está la cólera a punto;  
pero, pasando aquel punto,  
menos activa se siente.  
Y así, el que dice no miente,  
que las riñas por San Juan  
*todo el año paz nos dan.*

Las riñas de los casados  
como aquesta siempre sean,  
para que después se vean,  
sin pensar regocijados.  
Sol que sale tras nublados,  
es contento tras afán:  
*las riñas de por San Juan*  
*todo el año paz nos dan.*

*(Se dirigen a las mujeres de la cazuela)*

CAÑIZARES.- Porque vean ustedes las revueltas y vueltas en que me ha puesto una vecina, y si tengo razón de estar mal con las vecinas.

DOÑA LORENZA.- Aunque mi esposo está mal con las vecinas, yo beso a ustedes las manos, señoras vecinas.

CRISTINA.- Y yo también; pero si mi vecina me hubiera traído mi frailecico, yo la tuviera por mejor vecina; y adiós, señoras vecinas.

## EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS

**CHANFALLA**

**CHIRINOS, su mujer**

**MÚSICO**

**GOBERNADOR**

**BENITO REPOLLO, alcalde**

**JUAN CASTRADO, regidor**

**PEDRO CAPACHO, escribano**

**JUANA**

**TERESA**

**SOBRINA**

*(Entra CHANFALLA tirando de un baúl o carretilla con los materiales de los cómicos. Habla a alguien que no está en escena, que le sigue desde dentro)*

CHANFALLA.- No se te vaya a olvidar lo que te he dicho, Chirinos... ¿Chirinos?

CHIRINOS (dentro).- ¿Quéééééé?

CHANFALLA.- Que es muy importante que recuerdes todos los detalles, que si este nuevo embuste nos sale bien, nuestra vida mejorará y nos haremos famosos. ¿Chirinos?

*(Entra CHIRINOS con una alfombra enrollada)*

CHIRINOS.- Chanfalla ilustre, no te preocupes; que tanta memoria tengo como entendimiento, y además, ¿quién está pendiente de ti y hace todo lo que tú quieres? Pues yo, la Chirinos *(le hace cucamonas)*. Pero tengo una duda: ¿qué es eso de que has contratado a unos músicos? Nosotros dos solos, ¿no podríamos bastarnos para este engaño?

CHANFALLA.- Los necesitamos para tocar en los espacios mientras salen las figuras del Retablo de las Maravillas.

CHIRINOS.- Maravilla será si no nos apedrean por su culpa; porque no tienen buena pinta, Chanfalla. Bueno, ese sí, el alto... sí tú...

MÚSICO .- *(Un poco nerviosos)* Señor Chanfalla, ¿tocamos? Que es lo que sabemos hacer, no queremos que piense que hemos venido a pasar el rato. No queremos ser una carga.

CHIRINOS.- *(Molesta por la actitud de los músicos)* Cuatro cuerpos de los vuestros no harán un tercio, cuanto más una carga. Apañados estamos como lo toquéis todo de la misma manera.

MÚSICO .- Sin ofender, señora, que somos músicos de una compañía de cómicos y no vagabundos.

CHANFALLA.- Haya paz. ¿Sería posible, Chirinos querida, que esta vez te concentraras en que nos salgan bien las cosas en lugar de pelearte con todos?

CHIRINOS.- No, si la culpa de todo va a ser mía... *(suena una trompeta que anuncia algo o un redoble o...)* Mira eso, ahí vienen las autoridades a recibirnos. Prepárate para el encuentro, y hazles un poco la pelota; pero no en exceso, que te pones muy empalagoso.

*Salen el GOBERNADOR y BENITO REPOLLO, alcalde, JUAN CASTRADO, regidor, y PEDRO CAPACHO, escribano.*

CHANFALLA.- Beso a vuestras mercedes las manos: ¿quién de vuestras mercedes es el Gobernador de este pueblo?

GOBERNADOR.- Yo soy el Gobernador; ¿qué es lo que queréis, buen hombre?

CHANFALLA.- Me tenía que haber dado cuenta, está claro que esa peripatética y anchurosa presencia no podía ser de otro que del dignísimo Gobernador de este honrado pueblo.

CHIRINOS.- Larga vida a su señora y a sus señoritos... si es que el señor Gobernador los tiene.

CAPACHO.- No es casado el señor Gobernador.

CHIRINOS.- Bueno, pues para cuando lo sea; que no se perderá nada.

GOBERNADOR.- Y bien, ¿qué es lo que queréis, hombre honrado?

CHIRINOS.- (*Muy pelota*) Honrados por vuesa merced, que así nos honra; en fin, la encina da bellotas; el pero, peras; la parra, uvas, y el honrado, honra, sin poder hacer otra cosa.

BENITO.- Sentencia ciceronianca, sin quitar ni poner un punto.

CAPACHO.- Ciceroniana quiso decir el señor alcalde Benito Repollo.

BENITO.- Siempre quiero decir lo que es mejor, pero la mayoría de las veces no acierto. En fin, buen hombre, ¿qué queréis?

CHANFALLA.- Yo, señores míos, soy Chanfalla Montiel, el que trae el Retablo de las maravillas. (*Dándose importancia*) Me han mandado a llamar de la Corte los señores cofrades de los corrales, porque no hay autor de comedias en ella, y necesitan dinero para los hospitales, y con mi ida se remediará todo.

GOBERNADOR.- Y ¿qué quiere decir Retablo de las maravillas?

CHANFALLA.- Se llama así por las maravillosas cosas que en él se enseñan y muestran. Lo fabricó y compuso el sabio Tontonelo debajo de tales paralelos, rumbos, astros y estrellas, con tales puntos, caracteres y observaciones, que ninguno que no sea honrado o que no haya sido procreado dentro de legítimo matrimonio puede ver las cosas que en él se muestran. Y el que tenga uno de estos dos "problemas", que se despida de ver las maravillas, jamás vistas ni oídas, de mi retablo.

BENITO.- Cómo adelanta el mundo... ¿Y se llamaba Tontonelo el sabio que compuso el retablo?

CHIRINOS.- Tontonelo se llamaba, nacido en la ciudad de Tontonela. Dicen que le llegaba la barba a la cintura.

BENITO.- Claro, si es que los hombres de grandes barbas son sabiondos.

GOBERNADOR.- Señor regidor Juan Castrado, yo determino, debajo de su buen parecer, que como esta noche se casa la señora Teresa Castrada, su hija, de quien yo soy padrino, que para celebrarlo, quiero que el señor Montiel muestre en vuestra casa su Retablo.

CASTRADO.- Lo que mande el señor Gobernador, estoy de acuerdo, se hará así.

CHIRINOS.- Un momento. El único problema, problemilla o cuestión, es que, si no se nos paga primero nuestro trabajo, pues que no se verán las figuras. Y, digo más, ¿y si entrase esta noche todo el pueblo en casa del señor Juan Castrado, o como se llame, y viese lo contenido en el tal Retablo? ¿Quién pagaría mañana por verlo? No, señores; no, señores: ante *omnia* nos han de pagar lo que sea justo.

BENITO.- Señora autora, aquí no os ha de pagar ninguna Antonia; el señor regidor Juan Castrado os pagará más que honradamente, y si no, paga el Ayuntamiento. ¡Pues somos buenos nosotros! Aquí, hermana, no esperamos a que ninguna Antonia pague por nosotros.

CAPACHO.- ¡Pero señor Benito Repollo, que no acierta una! No dice la señora autora que pague ninguna Antonia, sino que le paguen adelantado y ante todas las cosas, que eso quiere decir ante *omnia*.

- BENITO.- Mirad, escribano Pedro Capacho, haced vos que me hablen claro y yo lo entenderé. Vos, que sois leído y escrito, podéis entender esas algarabías, yo no.
- CASTRADO.- ¿Estaría de acuerdo el señor autor con que yo le dé adelantados media docena de ducados? Además, se tendrá cuidado que no entre gente del pueblo esta noche en mi casa.
- CHANFALLA.- Está bien.
- CASTRADO.- Pues véngase conmigo. Recibirá el dinero, y verá mi casa, y la comodidad que hay en ella para mostrar ese retablo.
- CHANFALLA.- Vamos; y no se les olvide las condiciones que han de tener los que se atrevan a mirar el maravilloso retablo.
- BENITO.- De eso me ocupo yo, y le voy a decir que, por mi parte, puedo ir seguro a verlo, pues soy alcalde, mi padre fue alcalde y mi abuelo gobernó este lugar. ¡Miren si verá el tal retablo!
- CAPACHO.- Todos lo pensamos ver, señor Benito Repollo.
- CASTRADO.- No nacimos en las malvas, señor Pedro Capacho.
- GOBERNADOR.- Todos lo veremos, según parece, señores Alcalde, Regidor y Escribano.
- CASTRADO.- Vamos, autor, y manos a la obra; que Juan Castrado me llamo, hijo de Antón Castrado y de Juana Macha; y no digo más en abono y seguro que podré ponerme cara a cara y a pie derecho delante del famoso retablo.
- CHIRINOS.- ¡Dios le oiga!
- Se van JUAN CASTRADO y CHANFALLA. El GOBERNADOR se acerca a CHIRINOS misteriosamente.*
- GOBERNADOR.- Señora autora, ¿qué poetas hay ahora en la Corte de fama y rumbo, especialmente de los llamados cómicos? Porque yo tengo mis pinitos como poeta, y escribo algunas obras. Veinte y dos comedias tengo, todas nuevas, y estoy aguardando el momento para ir a la Corte y enriquecer con ellas media docena de autores.
- CHIRINOS.- A eso que me pregunta sobre los poetas, señor Gobernador, no le sabré responder. Mire usted, hay tantos, que si volaran nublarían el sol, y todos piensan que son famosos. Pero, dígame, por su vida: ¿cómo es su gracia? ¿cómo se llama?
- GOBERNADOR.- A mí, señora autora, me llaman el licenciado Gomecillos.
- CHIRINOS.- ¡Válgame Dios! ¿Que usted es el señor licenciado Gomecillos, el que compuso aquellas coplas tan famosas de Lucifer que estaba malo y... ?
- GOBERNADOR.- (*Interrumpiendo*) Malas lenguas hubo que me quisieron adjudicar esas coplas, y fueron tan más como del Gran Turco. Las que yo compuse, y no lo quiero negar, fueron aquellas que trataron del Diluvio de Sevilla; que los poetas son ladrones unos de otros, y yo nunca me precié de hurtar nada a nadie.
- Vuelve CHANFALLA.*
- CHANFALLA.- Señores, vengan dentro, que todo está a punto, y no falta más que comenzar.  
(*Van saliendo todos*)
- CHIRINOS.- ¿Está ya el dinero en la bolsa?
- CHANFALLA.- Y entre las telas del corazón.
- CHIRINOS.- (*Divertida*) Pues te aviso, Chanfalla, que el Gobernador es poeta.
- CHANFALLA.- ¿Poeta? ¡Infeliz! Pues dale por engañado, porque todos ellos son gente descuidada, crédula y nada maliciosa.
- BENITO.- Vamos, autor; que me saltan los pies por ver esas maravillas.

*Se van todos.*

*Música. Varias mujeres sacan algunos taburetes para ver la función que van a hacer.*

*Salen Juana Castrada y Teresa Repolla, labradoras. Juana Castrada es la que se casa.*

JUANA.- Aquí te puedes sentar, Teresa, amiga, que tendremos el retablo enfrente; y, ya sabes las condiciones que han de tener los miradores del retablo, no te descuides, que sería una gran desgracia si no lo vieras.

TERESA.- Ya sabes, Juana, que soy tu prima, y no digo más. ¡Tan cierto tuviera yo el cielo como tengo cierto ver todo aquello que el retablo me muestre!

JUANA.- No lo pongo yo en duda, mujer, si tu familia es muy conocida en el pueblo.

TERESA.- ¿Qué quieres decir? Observo un cierto tono... ¿Qué quieres decir?

JUANA.- Sosiégate, prima; que toda la gente viene.

*Entran el GOBERNADOR, BENITO REPOLLO, JUAN CASTRADO, PEDRO CAPACHO, el autor y la autora y otra gente del pueblo. Entran todos.*

CHANFALLA.- Siéntense todos. El retablo ha de estar detrás de este repostero, y la autora también, y ahí los músicos.

BENITO ¿Músicos? Métanlos también detrás del repostero; que, a cambio de no verlos, daré por bien empleado el no oírlos.

CHANFALLA.- No tiene usted razón, señor alcalde Repollo, de criticar a los músicos, que en verdad que son muy buenos cristianos y, además, hidalgos de solar conocido.

GOBERNADOR.- ¡Muy importante todo eso para ser buen músico!

BENITO.- De solar, bien podrá ser; pero de sonar...

MÚSICOS.- (*Todos a un tiempo*) ¡Benito Repollo, pollo, pollo pollo!

BENITO.- ¡Alguien que ponga un poco de orden en esta orquesta!

GOBERNADOR.- ¡Vamos, vamos, déjense unos y otros de niñerías. Señor Montiel, comience su obra.

BENITO.- Poco equipaje trae este autor para tan gran retablo.

CASTRADO.- Todo debe de ser de maravillas.

CHANFALLA.- ¡Atención, señores, que comienzo!

*(Suena una música misteriosa mientras habla CHANFALLA)*

¡Oh tú, quienquiera que fuiste, que fabricaste este retablo con tan maravilloso artificio, que alcanzó renombre de las Maravillas por la virtud que en él se encierra. Te conjuro, apremio y mando que muestres a estos señores algunas de las tus maravillosas maravillas, para que se regocijen y tomen placer sin escándalo alguno! Ea, que ya veo que has otorgado mi petición, pues por aquella parte asoma la figura del valentísimo Sansón, abrazado con las columnas del templo, para derribarle por el suelo y tomar venganza de sus enemigos. ¡Tente, valeroso caballero; tente, por la gracia de Dios Padre! ¡No hagas tal desaguisado, porque no cojas debajo y hagas tortilla tanta y tan noble gente como aquí se ha juntado!

BENITO.- ¡Eh,eh, que se quede quieto! ¡Bueno sería que, en lugar de habernos venido a divertir, quedásemos aquí hechos plasta! ¡Téngase, señor Sansón, no vayamos a tener un problema!

CAPACHO.- ¿Tú lo ves, Castrado?

CASTRADO.- Pues, ¿cómo no lo voy a ver? ¿Tengo yo los ojos en la espalda?

GOBERNADOR.- (*Aparte*) Milagroso caso es éste: así veo yo a Sansón ahora, como el Gran Turco; pues en verdad que me tengo por legítimo y honrado...

CHIRINOS.- ¡Cuidado, hombre, que sale el mismo toro que mató a un muchacho en Salamanca! ¡Échate, hombre; échate. Dios te libre, Dios te libre!

*(Se tira al suelo el GOBERNADOR)*

CHANFALLA.- ¡Échense todos, échense todos!

*(Se tiran todos al suelo, con el correspondiente caos. Los músicos y las mujeres se protegen unos a otros, cada grupo por su parte).*

BENITO.- *(Desde el suelo, muerto de miedo)* El diablo lleva en el cuerpo el torito. Si no me tiendo, me lleva por delante.

CASTRADO.- Señor autor, haga, si puede, que no salgan figuras que nos alboroten; y no lo digo por mí, sino por estas muchachas, que no les ha quedado gota de sangre en el cuerpo, por la ferocidad del toro.

JUANA.- Y ¡cómo, padre! No pienso volver en mí en tres días; ya me vi en sus cuernos, que los tiene agudos como una navaja.

CASTRADO.- ¿Lo has visto, hija?

JUANA.- ¿No lo había de ver, padre?

TERESA.- ¿Qué has visto, marido?

BENITO.- ¿Qué había de ver? El toro, Sansón...

GOBERNADOR.- *(Aparte)* Basta: que todos ven lo que yo no veo; pero al fin tendré que decir que lo veo, por la negra honrilla.

CHIRINOS.- Esa manada de ratones que allá va, desciende por línea directa de aquellos que se criaron en el Arca de Noé. Miradlos, los hay blancos y grises y jaspeados y todos son ratones.

*(Mientras habla CHIRINOS se han puesto todas las mujeres de pie en los asientos.)*

JUANA.- ¡Jesús!, ¡Ay de mí! ¿Ratones? ¡Desdichada! Amiga, apriétate las faldas, y mira no te muerdan; ¡y anda que son pocos! ¡Por el siglo de mi abuela, que pasan de mil!

TERESA.- Yo sí soy la desdichada, porque se me entran sin reparo ninguno; un ratón morenico me tiene cogida de una rodilla. ¡Socorro venga del cielo, pues en la tierra me falta, que ni mi marido me socorre!

BENITO.- Bastante tengo con evitar que ninguno me suba por mis piernas.

CHANFALLA.- Esta agua, que con tanta fuerza cae de las nubes, es de la fuente que da origen y principio al río Jordán. Toda mujer a quien toque en el rostro, se le volverá como de plata bruñida, y a los hombres se les volverán las barbas como de oro.

CASTRADA.- ¿Oyes, amiga? Descubre el rostro, pues ves lo que te importa. ¡Oh, qué licor tan sabroso! Cúbrase, padre, no se moje.

CASTRADO.- Todos nos cubrimos, hija.

BENITO.- Por las espaldas me ha calado el agua hasta la canal maestra.

CAPACHO.- Yo estoy más seco que un esparto.

GOBERNADOR.- *(Aparte)* ¿Qué diablos puede ser esto, que aún no me ha tocado una gota, donde todos se ahogan? Pero ¿y si fuera yo bastardo entre tantos legítimos?

BENITO.- ¡Por Dios, que se callen los músicos! ¡Y que dejen de reírse, que el asunto es muy serio para que ellos estén ahí haciendo burla! Sabemos todos que ellos no ven lo que aquí sucede y que nunca les importaron las cuestiones de honor.

MÚSICO GALA.- Eh, eh, señor alcalde, no la tome con nosotros, que lo único que hacemos es cumplir con nuestro trabajo, para el que nos han contratado. *(Al resto de los músicos)* No tendríamos que haber venido a este pueblo, compañeros.

CAPACHO.- Fresca es el agua del santo río Jordán; y, aunque me cubrí lo que pude, todavía me alcanzó un poco en los bigotes, y apostaré que los tengo rubios como un oro.

*(Vuelve a sonar la música incidental)*

CHIRINOS.- Allá van hasta dos docenas de leones rampantes y de osos colmeneros. Que se guarde todo ser viviente pues vienen dispuestos a crear la confusión.

CASTRADO.- No fastidie, señor autor, ¿ahora nos quiere llenar la casa de osos y de leones?

BENITO.- ¿No podría enviar el sabio Tontonelo unos ruiseñores, unas calandrias, en lugar de osos y leones? Señor autor, haga que salgan figuras más apacibles o dé fin a la muestra. Dios le guíe, y no pare más en el pueblo un momento.

CASTRADA.- Señor Benito Repollo, deje salir esos osos y leones que los recibiremos con mucho contento.

CASTRADO.- Pues, hija, ¿antes te espantabas de los ratones, y ahora pides osos y leones?

CASTRADA.- El gusto por la novedad, padre.

*(Suena algo así como música oriental/ danza del vientre)*

CHIRINOS.- Esa doncella, que ahora se muestra tan galana y tan compuesta, es la llamada Herodías, cuyo baile alcanzó en premio la cabeza de Juan el Bautista. Si hay quien la ayude a bailar, verán maravillas.

*(BENITO se lanza a bailar con una figura imaginaria. Luego se lanzan los demás.)*

BENITO.- ¡Ésta sí es la mía, muévete cuerpo, que la figura es hermosa, apacible y reluciente! ¡Y cómo que se vuelve la muchacha!

GOBERNADOR.- Pues no seré yo menos, que tengo que bailar también con tan buena moza.

CAPACHO.- Señores, un poco de dignidad, que al fin y al cabo, esa mujer no tiene muy buena reputación.

*(Entra la SOBRINA corriendo y muy sofocada)*

SOBRINA.- ¡Tío Benito! ¡Qué estás haciendo!

BENITO.- *(Sin dejar de bailar)* Ya ves, sobrina, aquí colaborando con esta joven en la diversión que estos autores han organizado para el pueblo.

SOBRINA.- ¿De qué joven habla, tío? *(Todos enmudecen)* Yo no veo a ninguna joven, sólo veo a dos viejos haciendo el ridículo ante todo el pueblo.

TERESA.- Un respeto, sobrina, que el que seas hija de mi hermana no te da derecho a insultar a una autoridad como tu tío.

SOBRINA.- Pero, tía, no estoy diciendo más que lo que yo veo: dos hombres que eran respetables, convertidos en dos títeres sobre un escenario.

BENITO.- Entonces... ¿tú no la ves, sobrina?

*(CHININOS y CHANFALLA empiezan a recoger sus bártulos con mucha cautela)*

SOBRINA.- ¿Qué había de ver, tío?

TERESA.- ¡La bailarina! ¡Herodías!

SOBRINA.- Pues yo no veo nada, tía.

BENITO.- Oye, Teresa, tu hermana está bien casada, ¿verdad?

TERESA.- *(Furiosa)* Mejor que yo, Benito.

GOBERNADOR.- Entonces esta chica...

TRES ENTREMESOS DE CERVANTES: LOS HABLADORES, EL VIEJO CELOSO Y EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS  
VERSIÓN CB TEATRO

TERESA.- ¿Esta chica qué?

GOBERNADOR.- La chica...

BENITO.- La chica...

TODOS.- La chica...

*(El GOBERNADOR se da cuenta de que CHIRINOS Y CHANFALLA están saliendo sigilosamente y se dirige a ellos)*

GOBERNADOR.- ¡Un momento! ¿Se puede saber adónde van?

CHANFALLA.- ¿Nosotros? El espectáculo... ha terminado... Con la salida de... Herodías... la bailarina... el espectáculo... en fin, que nuestra misión está cumplida.

CHIRINOS.- Señores y señoras, por lo que nos han pagado ya no podemos hacer que salgan más figuras, ustedes lo comprenderán...

CAPACHO.- ¿De qué figuras habla la señora autora?

TODOS.- ¡Eso, eso!

CHANFALLA.- ¿Es que ustedes no las han visto?

TODOS.- ¡No!

CHANFALLA.- Pues no se han de preocupar porque han pasado un rato muy entretenido...